

## ¿Cómo terminan las guerras?

Por Eduardo Posada Carbó\*

El interrogante atrae natural y esperanzadora atención: ¿Cómo terminar las guerras? En un reciente ejercicio académico, el profesor del School of Foreign Service en la Universidad de Georgetown, Charles King, ha explorado las posibilidades de ponerle fin a los conflictos civiles que proliferan hoy en el diversas partes del mundo (*Ending Civil Wars*, Adelphi Paper, 308, International Institute of Strategic Studies: Londres, 1997). El propósito específico de su ensayo es examinar aquellas condiciones bajo las cuales la intervención extranjera pueda ser más efectiva en la resolución de los conflictos internos de un determinado país, las razones del buen éxito o fracaso de los esfuerzos de mediación externa en las “guerras civiles”.

Los puntos de partida de King no son muy prometedores. Los procesos de paz negociada, de acuerdo con la evidencia histórica, han sido de rara ocurrencia. King clasifica 90 conflictos desde la segunda guerra mundial como “guerras civiles”, pero él mismo reconoce la dificultad de contar con criterios universales que permitan generalizar sobre tal número de conflictos, de origen y naturaleza tan variada. Más aún, el récord de las intervenciones externas en conflictos internos es mixto, como también King lo reconoce. En algunos casos la intervención externa, lejos de mitigar los conflictos, ha servido para prolongarlos. A pesar de estas observaciones, King emprende un interesante esfuerzo por identificar aquellos puntos susceptibles de influencia externa, en la búsqueda de una paz negociada.

El estudio de King se centra en lo que él denomina los componentes “estructurales” de las guerras civiles. Aquí la “estructura” del conflicto tiene muy poco que ver con sus orígenes, ni con la organización de la sociedad bajo la cual se desenvuelve. Por “componentes estructurales” King entiende el “sistema de incentivos para continuar la

violencia y desestimular arreglos, que surge durante el curso mismo de la guerra”. La posibilidad que tendrían las fuerzas externas de influir sobre las acciones de las partes en conflicto, o sobre sus convicciones o identidades es, según King, más bien remota. Sin embargo, un mejor entendimiento de dicho sistema de incentivos para la violencia, desde la perspectiva de los actores de la guerra, podría servir para desarrollar una “estrategia de participación pragmática y efectiva”.

¿Cuáles son entonces esos “componentes estructurales”? King sugiere, en primer lugar, prestar atención a la racionalidad de los líderes: ciertos líderes pueden estar “tan comprometidos en la lucha o en retener poder que son incapaces de contemplar alguna forma de acuerdo con el enemigo”. El segundo componente está muy relacionado con el primero, aunque su espectro es más amplio: problemas en la toma de decisiones. En toda guerra se crean intereses propios, ajenos a los orígenes de la lucha. Se pueden tomar decisiones para defender prestigios institucionales o sostener la moral de quienes están en la lucha armada, sin tener en cuenta el interés en ponerle fin a la guerra. King llama al tercer componente “medios militares y objetivos políticos”, un desarrollo adicional de la idea de apreciar la racionalidad de la guerra. “Hay muchas razones para creer que lo que sucede en el campo de batalla es de muy poca relevancia a los beligerantes en sus cálculos de continuar la lucha”. La experiencia de la guerra transforma con frecuencia sus objetivos originales. La guerra, por ejemplo, puede convertirse en una experiencia lucrativa.

La “asimetría del conflicto” - en el compromiso frente a la lucha, en la organización de las fuerzas combatientes, y en el *status* de las partes -, sería el cuarto componente estructural. Para los insurgentes, por ejemplo, derribar al régimen es su *raison d'être*, su preocupación fundamental; mientras que los gobiernos parecen tener - por las mismas demandas de las tareas del Estado -, otras preocupaciones a ratos más prioritarias que derrotar a sus oponentes armados. En muchas guerras civiles, según King, dos temas distintos hacen parte del conflicto desde la perspectiva de los

insurgentes: uno, asociado con sus demandas por ser reconocidos como parte legítima en la disputa, y otro con los objetivos de la lucha. El quinto y último componente estructural es el “dilema de la seguridad”: las partes pueden creer que su interés está en terminar la guerra, pero la incertidumbre frente a las garantías de su seguridad les motiva a sostener su posición militar.

¿Cómo podrían entonces las fuerzas externas hacer efectiva su intervención para promover la paz en los numerosos conflictos internos que sufre hoy el mundo? King sugiere que, aunque no existen fórmulas mágicas, habría que actuar precisamente sobre los “componentes estructurales”, aunque no todos ellos son igualmente susceptibles a la influencia externa. Según King, las fuerzas externas estarían quizá en condiciones de ejercer influencia sobre líderes claves, sobre los obstáculos que surgen de la asimetría del conflicto y, sobre todo, en proveer garantías que ofrezcan seguridad a las partes en las fases iniciales de la negociación y en la implementación de los acuerdos.

De cualquier forma, es importante reiterar lo que King reconoce desde el principio: la suerte incierta de toda intervención externa en la búsqueda de la paz. El mismo análisis de King, en el que se mezclan tan diversos conflictos bajo el vago concepto de “guerra civil”, invita a la cautela frente a la imposibilidad de generalizar en un terreno lleno de especulaciones. Esto no le resta interés al ejercicio. King arroja muchas luces sobre las causas de la perpetuación de los conflictos. Y en sus páginas se advierte la actitud predominante que debe esperarse quizá en los círculos de poder externos: "La promoción de negociaciones ha reemplazado a la victoria como objetivo principal de la participación de Occidente en las guerras civiles".

**\*\*Eduardo Posada Carbó es asesor permanente de la Fundación Ideas para la Paz. Sus artículos quincenales son elaborados especialmente para nuestras redes de información. Posada Carbó es abogado con especialización en ciencias socio-económicas de la Universidad Javeriana, master en estudios latinoamericanos y doctor en historia moderna de la Universidad de Oxford. Es autor y editor de varios libros y ensayos. En la actualidad es Senior Lecturer del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres y columnista de El Tiempo.**

